



Latin American Program | Julio 2019

Presidente Nicolás Maduro de Venezuela en 2018 (izq.) y Presidente interino de Venezuela Juan Guaidó (der.) en 2019/ Fotos por StringerAI y Julio Lovera/Shutterstock.com

Venezuela: ¿Hay alguna salida de este trágico impasse?



Abraham F. Lowenthal y David Smilde*

Traducido por Hugo Pérez Hernáiz

El 30 de abril de 2019, la oposición democrática venezolana, liderada por Juan Guaidó, intentó organizar un levantamiento determinante en contra del gobierno autoritario de Venezuela, liderado por Nicolás Maduro, llevando a un punto crítico la crisis que comenzó a principios de año. Pero el levantamiento no logró atraer el apoyo de una masa crítica de líderes militares venezolanos de alto nivel, y el esfuerzo no desencadenó el derrocamiento de Maduro. Venezuela continuó inmersa en un catastrófico impasse, con su economía en caída libre, una inflación galopante, la capacidad productiva devastada, violencia significativa, polarización intensa, sufrimiento generalizado y emigración masiva.

Maduro llegó al poder en Venezuela luego del fallecimiento de Hugo Chávez Frías, el carismático oficial militar que fue elegido presidente en 1998 y que aprovechó la bonanza de los altos precios del petróleo para hacerse con el apoyo de grandes sectores de la población que habían sido excluidos de la riqueza petrolera y para financiar políticas internacionales que avanzaran su proyecto del "Socialismo del Siglo XXI". Un año antes de su reelección en 2012, Chávez fue diagnosticado con cáncer. Aún antes de asumir su nuevo mandato se hizo evidente que el mandatario estaba mortalmente enfermo, por lo que designó a Maduro como su sucesor. Maduro ganó la presidencia en 2013 en unas elecciones reñidas y altamente controvertidas, que generalmente fueron consideradas confiables, aunque no completamente libres y totalmente limpias.

La caída de los precios del petróleo y la creciente preocupación por la violencia y la corrupción fueron minando el apoyo a Maduro, pero aun así éste se aferró al poder haciéndose cada vez más represivo y corrupto. Aunque Maduro ganó la reelección en mayo de 2018, el evento electoral fue boicoteado por los principales partidos opositores y no ha sido reconocido por la mayoría de países occidentales. De acuerdo con encuestadoras reconocidas, la popularidad de Maduro cayó de la veintena de puntos porcentuales a 15% o menos entre 2018 y 2019. Aun así, Maduro mantiene el apoyo de los altos mandos de las fuerzas armadas venezolanas y de la policía, así como de las fuerzas parapoliciales movilizadas por el gobierno.

La oposición política organizada, por mucho tiempo fragmentada por rivalidades personales y por una falta de visión compartida, confluyó en enero de 2019 para apoyar a Guaidó, presidente de la Asamblea Nacional que había sido elegida libremente en diciembre de 2015 y en la cual los partidos opositores habían ganado dos tercios de los curules. Apelando a una interpretación controversial de la constitución venezolana, Guaidó asumió la presidencia interina tras concluir el mandato previamente establecido de Maduro. Guaidó justificó esta osada maniobra porque la Asamblea Nacional, que Maduro había despojado de casi todos sus poderes, había rechazado las elecciones de 2018 como ilegítimas. En base a consultas secretas previas, el gobierno de los Estados Unidos reconoció a Guaidó de inmediato como el presidente legítimo de Venezuela. Al poco tiempo la mayoría de los gobiernos sudamericanos y europeos hicieron lo mismo.

Sin embargo, tal como lo demuestran los eventos del 30 de abril, Guaidó y sus seguidores no controlan ningún territorio o institución de gobierno relevante en Venezuela. Tampoco manejan programas gubernamentales ni cuentan con un apoyo sustancial dentro de las fuerzas armadas. Muchos países, liderados por los Estados Unidos, han estado presionando a Maduro y a las autoridades venezolanas por medio de sanciones económicas. También han intentado poner a disposición de Guaidó y sus seguidores considerables fondos correspondientes al gobierno venezolano en el extranjero, pero esto no ha sido fácil y la oposición continúa contando con pocos recursos. Por lo menos 4 millones de venezolanos, más del 10% de la población, han abandonado el país desde 2015. A medida que aumenta el flujo de migrantes, los países vecinos de Venezuela han comenzado a imponer restricciones para su entrada.

Sin embargo, tal como lo demuestran los eventos del 30 de abril, Guaidó y sus seguidores no controlan ningún territorio o institución de gobierno relevante en Venezuela. Tampoco manejan programas gubernamentales ni cuentan con un apoyo sustancial dentro de las fuerzas armadas.



Marcha del día de la independencia de Venezuela convocada por Juan Guaidó in 2019. Foto por David Jose Pena Alarcon/ Shutterstock.com

En estas circunstancias, la política de los Estados Unidos principalmente ha sido respaldar los esfuerzos de Guaidó, incluyendo el intento de romper el impasse el 30 de abril. Altos funcionarios de los Estados Unidos han reiterado en los meses recientes que “todas las opciones están sobre la mesa”, incluyendo el uso de la fuerza militar, para acabar con el gobierno de Maduro. Pero los gobiernos latinoamericanos y europeos afirman que no favorecen ni participarían en una intervención militar. Tampoco hay mucho entusiasmo en Washington por esta opción, aparte de la oficina de John Bolton, entre algunos miembros del congreso y otros actores políticos vinculados con las diásporas cubana y venezolana. La mayoría de los militares, agentes de inteligencia y oficiales diplomáticos de carrera se muestran sumamente escépticos respecto a una intervención armada.

Para salir de este punto muerto, varios países europeos y latinoamericanos han llamado a negociaciones. Oficiales de los Estados Unidos, junto al círculo interno de allegados de Guaidó, han sugerido en numerosas ocasiones que el momento para el diálogo con Maduro ya pasó, puesto que consideran, no sin razón, que Maduro utilizó las negociaciones anteriores para dividir y desmovilizar a la oposición. Sin embargo, representantes del equipo de Guaidó han participado en negociaciones secretas con algunos oficiales del gobierno de Maduro para discutir propuestas de transferencia de poder a un régimen interino, incluso mientras Guaidó promovía un alzamiento militar el 30 de abril. En mayo, el gobierno noruego organizó dos encuentros con representantes de Maduro y de Guaidó con miras a abrir un proceso de negociación. Una tercera ronda de conversaciones está teniendo lugar actualmente en la isla caribeña de Barbados.

¿Es posible una transición democrática negociada en Venezuela?

Venezuela es un país con tradiciones políticas democráticas y con importantes recursos naturales. Durante muchos años disfrutó de considerable armonía política, lubricada por el petróleo. Luego de la elección democrática de Chávez en 1998, sin embargo, el país transitó a formas de gobernanza cada vez más autoritarias, aunque las instituciones democráticas formales fueron mantenidas y se hizo un esfuerzo por expandir la participación popular. Ya en 2008 se les impedía a algunos líderes prominentes de la oposición presentarse a cargos públicos, mientras que otros habían sido encarcelados o habían salido al exilio, prácticas que continúan hasta el día de hoy. Los controles y contrapesos necesarios para un gobierno democrático efectivo han sido neutralizados por la injerencia del gobierno chavista en el sistema judicial y legislativo, los gobiernos locales, los partidos políticos, los medios de comunicación y el sistema electoral.

La situación venezolana también se ve complicada por un colapso económico sin precedentes. La mala gestión, la corrupción, el tráfico de drogas y la violencia han tenido un costo terrible. El país está crecientemente influenciado por actores externos, especialmente Cuba, China y Rusia, de quienes es cada vez más dependiente. Mientras tanto, las políticas del gobierno de los Estados Unidos han exacerbado la polarización política. Además de eso, muchos altos oficiales militares venezolanos están involucrados en la corrupción económica y en el crimen organizado.

Venezuela es, ciertamente, un caso difícil, pero algo de perspectiva histórica viene a cuento. Cada caso tiene características únicas; los escépticos suelen señalar estas características para sugerir que las negociaciones pueden haber funcionado en el pasado pero no serán posibles en éste caso debido a la intensa polarización política, la brutal represión, el papel de Cuba y la corrupción de alto nivel de un “narco-estado”.

Pero, de hecho, Venezuela no es más represiva que el Chile de Pinochet o más polarizada que Sudáfrica bajo el apartheid. No está más atada por sus lazos con Cuba que lo que lo estaba Polonia por sus vínculos con Rusia. Además, representar a Venezuela como un “estado mafioso” confunde más de lo que aclara. Es cierto que hay altos niveles de corrupción y el gobierno y los militares participan en mercados ilícitos, pero el uso de términos como “cartel”, “estado mafioso” y “narco-estado” sobreestima el nivel de articulación y coherencia de estas redes criminales. La existencia de tales redes criminales es, de hecho, una razón importante por la cual trabajar por una transición negociada y ordenada bajo el estado de derecho, en vez de arriesgar un colapso caótico en Venezuela que le otorgue a los elementos criminales aún más espacio para operar.

Conflictos que parecían ser irreconciliables han sido resueltos a veces en otros países que estaban bajo el control de regímenes autoritarios, y estas experiencias son relevantes para el caso venezolano¹. Los regímenes autoritarios gastan considerable energía en parecer invencibles. Los movimientos de oposición se ven frustrados luego de repetidos intentos por reemplazarlos, y a menudo recurren al radicalismo y a la violencia a medida que las estrategias de no-violencia empiezan a parecer inútiles. Pero cuando empieza a hacerse evidente que un cambio de régimen bajo condiciones mutuamente aceptadas es la única alternativa a un doloroso punto muerto, un liderazgo local efectivo y un fuerte apoyo internacional pueden a veces forjar acuerdos que funcionen. Las divisiones en la coalición de Maduro que se hicieron evidentes el 30 de abril, junto a la incapacidad de Guaidó para hacerse con el control de las fuerzas armadas, puede que hayan persuadido finalmente a algunas personas claves de ambos lados de que una transición negociada es el único camino hacia adelante.

[...] cuando empieza a hacerse evidente que un cambio de régimen bajo condiciones mutuamente aceptadas es la única alternativa a un doloroso punto muerto, un liderazgo local efectivo y un fuerte apoyo internacional pueden a veces forjar acuerdos que funcionen.

La mejor manera de poner a prueba esta posibilidad, aunque no sea un tiro directo, sería participar en negociaciones explícitamente dirigidas a revertir el desastre económico, reestablecer la gobernanza democrática y comenzar el proceso de reconciliación nacional y de reparación institucional. Ambas partes tendrían que aceptar la necesidad de llegar a compromisos difíciles y reconocer que el esfuerzo puede ameritar la ayuda de mediadores internacionales de confianza para ambas. Los encuentros organizados por Noruega son un buen comienzo, pero tendrán que lograr avances pronto para demostrar que son viables.

¿Cuál es la mejor manera de lograr una transición negociada?

No hay un enfoque uniforme para la transición negociada, pero las experiencias pasadas ofrecen algunas pistas sobre cómo proceder.

¹ Muchos de los puntos tratados a continuación están basados en entrevistas hechas por Sergio Bitar y Abraham F. Lowenthal a 13 expresidentes, de nueve países en cuatro continentes, quienes tuvieron un papel importante en transiciones de regímenes autoritarios a gobiernos democráticos en las décadas de 1980 y 1990, y de sus análisis de esas entrevistas así como de la extensa literatura sobre transiciones democráticas que citan en su bibliografía. Véase Sergio Bitar y Abraham F. Lowenthal, *Democratic Transitions: Conversations with World Leaders* (Baltimore, MD: The Johns Hopkins University Press y International IDEA, 2015).



Manifestante pelea para evadir detención en Venezuela 2019. Foto por Ruben Alfonso/ Shutterstock.com

Practiquen la paciencia estratégica. Las transiciones previas pueden parecer inevitables en retrospectiva, pero no lo parecían así en su momento. Fueron sorprendentes: no fueron fáciles ni rápidas, sino que experimentaron altibajos, idas y venidas y reveses importantes. Es comprensible, en tales circunstancias, perder las esperanzas y considerar medidas drásticas.

Aquellos que buscan una transición duradera de un régimen autoritario a un gobierno democrático necesitan cultivar y ejercer la paciencia estratégica. Esto puede ser duro cuando hay sufrimiento generalizado. Pero es autodestructivo proponer medidas desesperadas o ser pasivo en base a la creencia que las cosas no pueden estar peor – una creencia que es casi siempre errada.

Creen espacio para la negociación. A pesar del escepticismo generalizado en Venezuela con respecto al diálogo con el gobierno de Maduro, en algún punto la transición requiere voluntad de negociar y flexibilidad por las partes en conflicto. Esto a su vez requiere condiciones que favorecen a las conversaciones discretas, aun cuando la confrontación pública entre el régimen establecido y la oposición esté al rojo vivo. Sin canales para la exploración, las posiciones extremas y las formulaciones rígidas irreconciliables tienden a reforzarse, imposibilitando a veces la solución.

No se aferren a posiciones maximalistas. Un régimen autoritario debe ser confrontado, denunciado y resistido abiertamente, y los ciudadanos deben ser movilizados en la calle, de vez en cuando, para enfrentar al poder represivo y arbitrario. Pero la oposición no debe demandar o esperar demasiado, ni esperar resultados demasiado rápido. Debe aceptar

avances parciales y a veces insatisfactorios para poder abrir nuevas posibilidades de impulso. Para esto se necesita a veces mayor valentía política que para aferrarse a principios atractivos pero poco prácticos. En el caso venezolano, aunque la agenda de Guaidó de terminar con la “usurpación” de Maduro, establecer un gobierno interino y realizar nuevas elecciones es muy popular, su coalición necesita tomar decisiones duras sobre sus prioridades y la secuencia necesaria para lograr sus objetivos.

Para que Venezuela regrese a la democracia, es mucho lo que deberá hacerse. Será necesario restablecer la autoridad de la Asamblea Nacional, elegida por voto popular. La Asamblea Nacional Constituyente, creada por Maduro para desplazar a la Asamblea Nacional, deberá ser disuelta. Los prisioneros políticos deberán ser puestos en libertad y algunas amnistías deberán ser negociadas. Se deberá restaurar la imparcialidad y credibilidad del sistema judicial con el nombramiento de nuevos juristas respetados. El sistema electoral deberá ser reformado. Se deberán adoptar disposiciones para asegurar que los ciudadanos y partidos que apoyaron al gobierno de Maduro puedan participar en elecciones bajo las mismas condiciones que

otros partidos. No se pueden tomar todos estos pasos, ni siquiera llegar a un acuerdo sobre ellos, de una sola vez. Una posibilidad que se puede considerar es acordar primero la liberación de los prisioneros políticos, el establecimiento de un nuevo consejo electoral y la invitación de la observación internacional a nuevas elecciones, para luego negociar los otros puntos en una segunda ronda.

Denle incentivos para negociar al régimen. Las fuerzas de oposición deben inducir a elementos del régimen autoritario a considerar una transición. Esto requiere promesas creíbles de que no habrá venganzas generalizadas contra los antiguos gobernantes y sus principales seguidores, así como de que algunos intereses económicos o de otro tipo de los centros de poder establecidos serán respetados dentro del estado de derecho. La integridad institucional de las fuerzas armadas y de la policía debe ser asegurada. Los derechos individuales de los antiguos oficiales deben ser protegidos. No es fácil reconciliar tales seguridades con las comprensibles aspiraciones de fuerzas de oposición por largo

Pero la oposición [...] debe aceptar avances parciales y a veces insatisfactorios para poder abrir nuevas posibilidades de impulso[...] aunque la agenda de Guaidó de terminar con la “usurpación” de Maduro, establecer un gobierno interino y realizar nuevas elecciones es muy popular, su coalición necesita tomar decisiones duras sobre sus prioridades y la secuencia necesaria para lograr sus objetivos.

tiempo reprimidas, pero esfuerzos concretos en esta dirección han sido necesarios en otras transiciones de regímenes autoritarios. Referencias vagas a una eventual amnistía y reconciliación, incluso borradores de propuestas legislativas, no son suficientes. Se debe elaborar, en consulta con las partes afectadas, un plan detallado. Puede ser crucial proteger la seguridad física de líderes clave controversiales.

Establezcan una autoridad transicional que incluya a todas las partes. Hallar formas de compartir el poder interino y a largo plazo, en vez de insistir frontalmente en resultados o incluso reglas específicas, es crucial para avanzar más allá del régimen autoritario. Por ejemplo, aceptar al General Pinochet como senador de por vida y como jefe de las fuerzas armadas por ocho años ayudó a hacer posible la transición en Chile. Nombrar a miembros del Partido Comunista como

Para construir una coalición viable que pueda lograr la fuerza necesaria para hacer posible la transición, los líderes de la oposición deben hallar terreno común y sublimar sus diferencias y rivalidades. Esto puede requerir que pongan a un lado la participación de los “maximalistas”, especialmente de aquellos que quieren emplear todos los medios de lucha, incluyendo la violencia o la intervención externa.

ministros de defensa y de interior facilitó la transición polaca. En Sudáfrica, Nelson Mandela nombró a F.W. de Klerk presidente adjunto como uno de varios pasos pragmáticos que hicieron posible el histórico cambio en ese país. En el caso de Venezuela, algunos oficiales clave del régimen de Maduro y de las fuerzas armadas que quieren ser parte del futuro del país, así como representantes de sector privado venezolano y de su sociedad civil, deben ser incluidos en el proceso de resolución del conflicto.

Construyan sobre terreno común. En situaciones de conflicto, los líderes políticos de ambas partes movilizan apoyo por medio de la demonización de sus oponentes al tiempo que afirman la virtud de sus propias causas y la inevitabilidad de su triunfo. En el caso de Venezuela,

es alentador que ambas partes hayan enviado a representantes relativamente moderados a las discusiones organizadas por Noruega, lo cual es un buen primer paso. Para construir una coalición viable que pueda lograr la fuerza necesaria para hacer posible la transición, los líderes de la oposición deben hallar terreno común y sublimar sus diferencias y rivalidades. Esto puede requerir que pongan a un lado la participación de los “maximalistas”, especialmente de aquellos que quieren emplear todos los medios de lucha, incluyendo la violencia o la intervención externa. Fue necesario hacer eso en Chile, España, Sudáfrica, Brasil y en otros países. Del mismo modo, el régimen en el poder debe rechazar a aquellos que aconsejan o practican la represión.

Propongan una visión convincente y viable del futuro. Aquellos que quieren una transición democrática deben proponer una visión atractiva, optimista, inclusiva y creíble del futuro



Estanterías vacías de un supermercado en Venezuela en 2018. Foto por Sunsinger/ Shutterstock.com

que pueda ayudar a la gente común a superar la frustración y el miedo paralizante. Las negociaciones deben comenzar por concentrarse en identificar y promover los intereses que todas las partes tienen en común antes de intentar resolver lo que las divide.

Construyan un proceso de justicia transicional. La transición desde regímenes autoritarios, represivos y excluyentes hacia la gobernanza democrática requiere de vías para identificar y documentar las violaciones a los derechos humanos y fortalecer el estado de derecho sin caer en la represión y la venganza. La manera exacta en la que se puede llegar a un equilibrio difiere en cada caso. Puede que los asuntos más delicados no sean resueltos en un solo paso, pero más bien sean enfrentados por etapas a lo largo del tiempo. Es vital trabajar para lograr la tolerancia y aceptación, aun cuando la justicia plena parezca elusiva.

Reconozcan el papel legítimo de las fuerzas armadas y de la policía mientras trabajan por establecer un control civil firme de ellas. Cualquiera que haya asumido que la crisis humanitaria, la presión internacional y la amenaza de intervención podían inducir a los militares a desertar en masa a Maduro, ha subestimado el complejo juego de intereses, normas y valores involucrados. Por ejemplo, presumir que casi todos los militares venezolanos están metidos hasta el cuello en la corrupción, como es común hacer en algunos círculos en Washington y Miami, probablemente es subestimar la probabilidad de que algunos militares todavía honren los códigos de su profesión.

Un reto clave en las transiciones democráticas es poner a las fuerzas armadas, la policía y otras agencias de seguridad bajo el control efectivo de la autoridad civil democrática, mientras que también se reconoce el papel legítimo de esas fuerzas de seguridad, sus demandas por acceder recursos apropiados y su necesidad de ser protegidos de represalias.

Asumir responsabilidad sobre todas las fuerzas de seguridad y de inteligencia y someterlas a un firme control civil es, por lo general, un reto prolongado que requiere de confrontaciones repetidas y de la imposición de disciplina por varios años; no puede lograrse por fiat ni con promesas ambiguas.

Aprovechen la participación internacional, pero asegúrense de dar prioridad a los actores domésticos. Las transiciones democráticas son logradas principalmente por fuerzas domésticas, pero en muchos casos estas fuerzas son apoyadas por actores internacionales específicos: gobiernos, organizaciones y coaliciones internacionales, organizaciones de la sociedad civil, sindicatos, compañías, asociaciones profesionales y organizaciones y líderes religiosos. Claramente, los actores internacionales tienen sus propias prioridades e intereses y no se debe esperar que ellos resuelvan los asuntos internos de Venezuela. Sin embargo, a veces pueden hacer mucho por fomentar y reforzar las transiciones democráticas, de manera paciente, silenciosa y en coordinación con los actores locales que tienen sus propias estrategias. Los actores internacionales no deben intentar desplazar a los actores locales, quienes deben tener y mantener el liderazgo. Los actores internacionales pueden ejercer presión, ofrecer incentivos, facilitar las negociaciones y quizás ayudar en temas logísticos. Pero si se convierten en los líderes de los esfuerzos por reemplazar a un gobierno o coartan a la oposición local, o si intentan imponer soluciones prefabricadas, pueden generar respuestas contraproducentes y consecuencias imprevistas.

¿Cuáles deberían ser los primeros pasos?

Al iniciarse los pasos hacia una transición negociada, los representantes de los dos “gobiernos” de Venezuela y de la comunidad internacional deben trabajar juntos, tan pronto como sea posible, para resolver problemas prácticos específicos, tales como distribuir alimentos, medicinas y otros bienes básicos de emergencia. Esto podría contribuir significativamente a crear un nivel de confianza básico. El intento de utilizar la oferta de ayuda humanitaria para provocar una ruptura en las fuerzas armadas venezolanas fue exactamente el ángulo equivocado.

Reparar la infraestructura y sentar las bases para restaurar la economía son también pasos urgentes que interesan a todos. Estos pasos pueden darse pronto, en parte usando los fondos venezolanos en el extranjero que han sido congelados por las sanciones internacionales, en parte con la ayuda y la inversión internacional. Aliviar la miseria generalizada que afecta a la mayoría de los venezolanos es crucial, no solo por motivos humanitarios, sino también para crear espacio para el proceso de negociación y comenzar a generar apoyo público a la posibilidad de una solución negociada.

Las fuerzas de seguridad venezolanas, la oposición democrática y los actores internacionales

confiables también necesitan enfocarse juntos, tan pronto como sea posible, en encontrar maneras de reducir la horrorosa violencia en Venezuela y restaurar un nivel de orden civil que le pueda permitir a los venezolanos a trabajar juntos. Tomar de la experiencia de otros países que han negociado con éxito transiciones del autoritarismo a la democracia puede ser particularmente relevante para esto.

Ninguno de estos duros retos será fácil de resolver. Incluso los actores con buena fe se toparán con obstáculos y retrocesos en un ambiente tan altamente polarizado y de tanta desconfianza. Es muy difícil llevar a cabo negociaciones discretas y confidenciales y llegar a acuerdos difíciles en un ambiente en el que tantos actores distintos tienen acceso a medios de espionaje y comunicación instantáneos. Este acceso les permite a muchos actores circular detalles confidenciales que pueden perturbar las conversaciones en curso. Pero los esfuerzos deliberados y mutuos por avanzar en una dirección positiva, con el apoyo decidido de la comunidad internacional, pueden reforzarse mutuamente si los actores entienden que no hay una mejor alternativa viable.

¿Cuál es el papel de la comunidad internacional?

Qué tanto pueden ayudar a resolver la crisis actores internacionales específicos depende de cómo hayan estado participado hasta ahora. Algunos, en particular la Organización de Estados Americanos y el Grupo de Lima, que han retirado el reconocimiento diplomático al régimen de Maduro y en cambio reconocido a Guaidó, no están ahora en una buena posición para liderar los esfuerzos diplomáticos, aun si le pueden proporcionar un importante apoyo político y diplomático al proceso. El Grupo Internacional de Contacto, que incluye a varias naciones europeas así como a Bolivia, Canadá, Chile, Costa Rica, Ecuador y Uruguay, está en una mejor posición para tener un papel directo, aun si el grupo ha dejado claro que favorece unas nuevas elecciones en Venezuela. Las diversas perspectivas, lazos y experiencias de los países miembros pueden ser de ayuda.

Los pasos tomados por Noruega representan una importante oportunidad para una solución negociada. Noruega tiene una notable experiencia en facilitar negociaciones internacionales difíciles. Su meta es reforzar su reputación e influencia como constructor de paz, no tomar partido. Aunque Noruega no reconoció las últimas elecciones presidenciales y claramente ha pedido que se realicen nuevas elecciones, ha mantenido su reputación como un actor imparcial. El Secretario General de las Naciones Unidas también ha ofrecido sus “buenos oficios” diplomáticos, lo cuales pueden resultar útiles cuando emerjan los esbozos de un posible acuerdo.

Los países que son fuertes aliados del gobierno de Maduro, incluyendo a Cuba, China y Rusia,

no pueden participar directa y constructivamente en el proceso de negociación. Tampoco pueden hacerlo países que tiene relaciones combativas con el gobierno venezolano, incluyendo a los Estados Unidos y Colombia. Pero todos estos países pueden ayudar, promoviendo el pragmatismo, ofreciendo asesorías para resolver problemas puntuales, y proporcionando apoyo e incentivos para avanzar hacia una solución negociada. Lograr tal solución ayudaría a China a resarcirse de sus deudas, a Rusia a demostrar que puede tener un papel positivo, a la región a lograr estabilidad, y tal vez también ofrecer seguridad energética a Cuba. Cuba, en particular, podría tener un papel importante al empujar al régimen de Maduro hacia compromisos pragmáticos, del mismo modo en que La Habana influyó a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) durante el proceso de paz en Colombia. Una transición sin sobresaltos sería mucho mejor para Cuba que una súbita y violenta.

Aquellos actores internacionales que quieran ayudar a Venezuela a lograr la transición no deben usar ni amenazar con la fuerza militar. Una intervención militar sería con toda seguridad un desastre: costaría vidas, produciría destrucción física y exacerbaría la crisis migratoria regional. Es más, la amenaza de fuerza militar por sí sola tiende a silenciar a los moderados y atrincherar a los radicales.

Lo que más se necesita ahora de la comunidad internacional es una diplomacia hábil y compromisos a ayudar a las partes a avanzar hacia un acuerdo. Los actores internacionales deberían asegurar a Venezuela de que dispondrá de asistencia internacional para reconstruir su economía y reintegrarse al comercio internacional y al flujo de inversiones, para abrir y monitorear las negociaciones y los procesos de justicia transicional y, si se requiere, para eventualmente organizar y monitorear elecciones libres, limpias y creíbles. Esfuerzos sostenidos en estas direcciones serán imprescindibles. Muchas manos ponen el caldo morado, pero una combinación de actores claves internacionales con papeles claramente definidos podría ayudar a producir resultados positivos.

¿Cuál es el papel de los Estados Unidos?

Por razones históricas, pero especialmente actuales, el gobierno de los Estados Unidos no está en una buena posición para tener un papel principal directo en la negociación de una transición pacífica. En cambio, Washington debe apoyar sin ambigüedades los esfuerzos concertados internacionales por ayudar a que esto suceda. Todo lo que puedan animar al gobierno de los Estados Unidos a asumir esta perspectiva deben hacerlo. Sería una tragedia evitable e innecesaria si la impaciencia, la pretensión, consideraciones domésticas o geopolíticas o la particular predilección de algunos oficiales de gobierno, llevasen la política de los Estados Unidos a debilitar las negociaciones. Si Washington fuese a asumir el papel de saboteador,

dificultaría seguramente el futuro de Venezuela, y de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina en general.

Washington debe dejar de buscar atajos y disuadir la búsqueda de acuerdos. Sus diplomáticos deben explorar, resaltar y ayudar a reforzar los intereses que los Estados Unidos y otras potencias internacionales, de hecho, comparten: una Venezuela estable y pacífica, con una economía en vías de recuperación y una industria petrolera sana. Todos los venezolanos, así como los Estados Unidos, deberían trabajar en pro de estos resultados.

***Abraham F. Lowenthal** es profesor emérito de la Universidad del Sur de California, es el director fundador del Programa Latinoamericano del Woodrow Wilson Center y del Inter-American Dialogue. Ha sido condecorado por los presidentes de Brasil, Perú y República Dominicana por su destacada contribución a las relaciones interamericanas.

***David Smilde** es el Profesor Charles A. y Leo M. Favrot de Relaciones Humanas de la Universidad Tulane y miembro principal de Washington Office on Latin America, para la cual edita el blog Venezuelan Politics and Human Rights. Ha estudiado Venezuela por más de veinticinco años y ha publicado tres libros y treinta artículos académicos y capítulos sobre Venezuela.

Agradecimientos

Los co-autores desean agradecerse mutuamente y a varios lectores, de un borrador anterior, quienes hicieron sugerencias editoriales sustantivas y útiles: Sergio Bitar, Michael Camilleri, Rt. Hon. Joe Clark, Richard Downie, Laura Gamboa-Gutiérrez, Jane Jaquette, Celso Lafer, Daniel Levine, Tom Long, Linda Lowenthal, Cynthia McClintock, Boris Muñoz, Thomas Pickering, Thomas Shannon, Michael Shifter, Pamela Starr, Juan Tokatlian y varios colegas canadienses y venezolanos que hablaron con nosotros de manera confidencial.

Estamos especialmente agradecidos a Cynthia Arnson, directora del Programa Latinoamericano del Centro Wilson, por su revisión y comentarios colegiales y su publicación de este informe, y a Catalina Casas del personal del Programa por formatear y presentar el texto de fácil lectura. Gracias también a Oriana Van Praag del Wilson Center por su revisión de la traducción. Ninguno de estos colegas es responsable de los errores, de los cuales asumimos la responsabilidad.






Woodrow Wilson International Center for Scholars
Latin American Program
One Woodrow Wilson Plaza
1300 Pennsylvania Avenue NW
Washington, DC 20004-3027
202.691.4000

Latin American Program

 @LATAMProg

 facebook.com/LatinAmericanProgram
wilsoncenter.org/lap
202.691.4030

